

La pedagogía, sus profesionales y la identidad

Renato Huarte Cuéllar

El problema de la identidad

Hablar de identidad es uno de los problemas que han acompañado las preguntas filosóficas desde hace muchos años. Como sostiene Adolfo Sánchez Vázquez: “Durante veinticinco siglos la filosofía occidental no ha hecho más que dar vueltas en torno a la noria de la identidad”.¹ No obstante, no sólo es una preocupación filosófica, sino de todos los seres humanos, de todos los pueblos y agrupaciones humanas. Siguiendo de nuevo a Sánchez Vázquez: “Asediar a la identidad desde la altura de nuestro tiempo no es un simple ejercicio filológico o filosófico. Como sucede con otros conceptos básicos, éste nos atrae en nuestros días porque, más allá de su confin teórico, en la vida se real se plantea a los hombres y a los pueblos la necesidad de buscar, afirmar o reconocer su identidad”.²

La identidad nace como parte de las múltiples preocupaciones de la filosofía³ por lo menos desde Heráclito, que al parecer la niega, y Parménides, en el sentido de una aceptación del ser, ya que ambos se preguntan por lo uno y lo múltiple y de cómo es que puede darse la mismidad en la multiplicidad. Aunque con respuestas un tanto distintas, ambos filósofos responden a preguntas tan cotidianas de cómo es posible que podamos identificarnos desde la propia diferencia. Hay una posibilidad de identificarse, de decir soy yo mismo, aunque en estricto sentido no seamos los mismos. Hay una continuidad en el cambio, una mismidad.

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, “Identidad e historia”, en Enrique Hülsz y Manuel Ulacia, eds., *Más allá de Litoral*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1994, p. 342.

² *Ibid.*, p. 341.

³ Cf. G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*. Madrid, Gredos, 1981.

Dicha mismidad, de la que parte Aristóteles como identidad ($A = A$), sirve para establecer el principio de no contradicción en su *Metafísica*.⁴ Para Aristóteles, todos los entes, y no sólo los seres humanos, se conocen, se hacen uno con el conocimiento (*noein*) en el momento en que pueden encontrar la esencia de los entes en tanto que entes. En el caso de las cosas no humanas, tienden naturalmente hacia su propio bien. En el caso de los seres humanos, esto no siempre sucede así. De ahí la necesidad de una ética y de un proceso de formación. En cualquier caso, al poder partir de que algo es ese algo mismo y no otra cosa estaremos en posibilidad de hablar de ontología, de lo que las cosas son.

Para Hegel, esta definición de identidad ($A = A$) era futil, trivial e inútil, como refiere Sánchez Vázquez.⁵ Hegel sostiene que es una mera tautología que no sirve de gran cosa. La categoría se torna entonces social y no en el periodo de la Grecia clásica, tal vez porque no existía el concepto de individuación –socialización poscartesiana. En cambio, propone las “señas de identidad” que dan sentido, unas en mayor medida y otras en menor, a la identidad como un todo. Es necesario admitir señas de identidad que no nos pertenecen, al igual que las que sí lo hacen, para constituir la identidad. Entonces, la identidad tiene que cargar necesariamente con la diferencia, con la alteridad, con el otro. Además, Sánchez Vázquez reitera que fue Marx, incluso antes que Dilthey u Ortega y Gasset, quien reconoció que esta identidad es histórica y colectiva. Y no sólo la identidad es histórica, sino que también lo es la conciencia de ella.⁶ Entonces, la identidad necesariamente es colectiva. Pero, ¿no es una categoría individual? ¿Cómo puede llegar a funcionar esta categoría entre lo individual y lo colectivo? Veremos una forma a continuación.

María Noel Lapoujade,⁷ por su parte, establece que la identidad del yo es el camino intermedio entre la identidad originaria y las identidades múltiples. La identidad originaria es lo que en la historia de la filosofía se ha tratado de encontrar como identidad primigenia, arquetípica e ideal. Las identidades múltiples son aquellas que se dan en lo colectivo, pero que no dan cuenta del yo separado del colectivo. Para poder hacer esta distinción, Lapoujade sostiene que la identidad trascendental puede entenderse kantianamente al decantar lo empírico de lo *a priori*.⁸ Esto quiere decir que de lo que sucede

⁴ Aristóteles, *Metafísica*. Trad. de Valentín García Yerba. 2a. ed. trilingüe. Madrid, Gredos, 1982, 1005b, pp. 19-21.

⁵ G. W. F. Hegel, *Logik*. Ed. de Georg Lasson, vol. II, pp. 28 y 30; *apud* A. Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 343.

⁶ A. Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 347.

⁷ María Noel Lapoujade, “La identidad del yo”, en E. Hülsz y M. Ulacia, eds., *Más allá de Litoral*, pp. 405-412.

⁸ *Ibid.*, p. 407.

en la realidad, iluminamos solamente las operaciones, las actividades, las maneras universales y necesarias dentro de ese dinamismo. En este sentido es que Fichte, continúa Lapoujade, expresa que el principio de todo conocimiento humano es la identidad del yo. Al delimitar al yo, existe automáticamente un no-yo que es diferente al yo que se pregunta y delimita. Esta posible paradoja se resuelve en Fichte de la siguiente manera: “La mediación es pensada por Fichte del lado de la recíproca *limitación*, en tanto ella implica afirmación y negación, más aún, *divisibilidad*. La noción de divisibilidad denota la oposición yo/no-yo, pero a la vez los concilia”.⁹ La identidad entonces pasa a ser definitorio del ser y podemos hablar de su ontología; algo muy similar a lo que ya proponía Aristóteles en su *Metafísica* como se ha visto líneas atrás.

No existe la identidad sin la otredad que, entre muchas otras metáforas, ha sido retomada por Umberto Eco, Jacques Lacan y Jean Baudrillard con el espejo.¹⁰ Este espejo no es la concreción material finita para el reconocimiento del yo, según Eco. El yo surge literalmente de un espejismo, según Lacan. Baudrillard dirá que el movimiento inverso a la paulatina conquista de la identidad es la de su pérdida que se da en la enajenación de la sociedad contemporánea de la pantalla y la red en lugar de la escena y el espejo.

Es de esta manera que lo que pensamos como más íntimo y cercano a nosotros, que es nuestra propia identidad, resulta que es definida desde la otredad, desde un todo que en conjunto me representa y me dice en otra doble vía yo no soy el otro sino algo distinto. Ambas vías, la del yo y los otros y la del nosotros y los otros, son algo movibles y en constante cambio. Las identidades son mutables y en ellas se reconfiguran. Por eso, Baudrillard, por ejemplo, ya advertía del peligro de desdibujar los procesos identitarios con la globalización. Es entonces en un ir y venir que las identidades se van fijando.

En ese *maremagnum* la identidad puede ser abordada desde distintas perspectivas. Desde ahí se puede enfocar lo profesional como una parte importante de lo identitario, como mostraremos a continuación.

La identidad profesional: de la deontología al *ethos*

Tener una profesión, como la entendemos comúnmente hoy en día, se da a partir de los estudios a nivel superior en una institución en donde se aprenden ciertos conocimientos, habilidades y actitudes que nos prepararán para el mundo laboral. En caso de los estudios técnicos, lo importante también es brindar una capacidad laboral a los estudiantes para que los inserte dentro del

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Ibid.*, pp. 409-411.

mundo laboral.¹¹ Teniendo como trasfondo las profesiones liberales, parece ser que hemos entendido que lo profesional se da, preferentemente, en el mundo académico. Hay una insistencia del mundo contemporáneo en transformar en técnico superior universitario, licenciatura, especialidad, maestría o doctorado, cualquier saber para legitimarlo.

A lo largo de algunos cuantos años de estudio se conforman las supuestas bases identitarias que permiten vincular a los egresados con un “campo laboral”. Con el tiempo, esos profesionales de una misma rama, se supone, se agrupan en gremios, protegiendo los conocimientos, habilidades y actitudes aprendidos. Al parecer, conviven por lo menos dos modelos de enfrentar la cuestión profesional: una académica y una gremial.¹²

Con respecto a la identidad profesional, ésta por lo menos ha estado vinculada a la *professio* latina, en tanto forma de profesar o transmitir algo al mundo. Paralelamente, las cuestiones profesionales han estado vinculadas a la vocación, en donde resuena la palabra *vocatio* o voz interna. La raíz doble de educación en latín *educatio* —desde una exterioridad que cumpla con “lo que ha de ser aprendido— por una parte y *ex-ducere* vinculado a una concepción interna en donde será escuchada esa voz interna. Habría que hacer un estudio más detallado de la relación de estos dos conceptos. Por ejemplo, Elsa S. Emmanuele y Andrés Cappelletti hacen una arqueología,¹³ a la manera foucaultiana, de la concepción que tenemos de la vocación, y cómo es un mito que ha sido construido a partir de los clásicos, pero sobre todo reformada por el cristianismo y la modernidad.

Sea un mito o no, nos atrevemos a decir que el elemento ético en la profesión es algo que la ha acompañado. Seguramente será por el compromiso social con el otro, con los otros, que aparece la necesidad de la perspectiva ética. Baste citar como ejemplo el juramento hipocrático que desde la Antigüedad y hasta nuestros días rige el quehacer médico.

A través de los planes de estudio, de las asociaciones de profesionistas o las protestas en los exámenes profesionales lo que se ha privilegiado son los códigos deontológicos. A través de la puesta en común de lo que se espera de un profesionista, se establecen ciertas reglas “de conducta” que, en el mejor de los casos, regirán la vida de la persona en su vida profesional y personal en general.

¹¹ Cf. Alejandro Morduchowicz, *Discusiones de economía de la educación*. Buenos Aires, Losada, 2004.

¹² Enrique Moreno y de los Arcos, *Hacia una teoría pedagógica*. México, Colegio de Pedagogos de México, 1999.

¹³ Elsa S. Emmanuele y Andrés Cappelletti. *La vocación. Arqueología de un mito*. Buenos Aires, Lugar, 2001.

Los códigos deontológicos se basan en el común acuerdo del deber ser de quienes pretenden ser parte de este gremio. Se espera que un profesionista sea responsable, comprometido, sensible al otro, discreto y una larga lista de valores o aspiraciones que no difieren mucho una de la otra. De este modo, se opera a partir de idealizaciones de lo que un sujeto abstracto debe ser para pertenecer a un gremio específico. La construcción de códigos deontológicos que pretenden ser universales y que todos los miembros, que se dicen de tal o cual profesión, cumplan con la mayoría, si no es que con todos los preceptos incluidos en dichos códigos. El problema con estos códigos es que resultan contingentes y dependen de los consensos, en el mejor de los casos, de un grupo acotado de los profesionistas.

Un segundo problema resulta al compararlos.¹⁴ Al final puede verse que, salvo algunas cuestiones particulares de la práctica profesional, dichos códigos apelan a características deseables de los seres humanos en general; es decir, lo profesional resulta tangencial a la ética. Al parecer a lo que se apela es a la condición humana.

Considero que es necesario abordar la identidad profesional desde otras categorías que permitan entender estos procesos de mejor manera. Una posible respuesta a esta cuestión es el término *ethos*.¹⁵ La palabra que en su origen significó morada o guarida, posteriormente se ampliaría el término para incluir ahí donde nos sentimos más cómodos, que son las propias costumbres en tanto lugar familiar, acostumbrado pero constantemente cambiante. Este cambio y resignificación permitieron entender que la palabra que sirvió de origen a nuestro concepto de ética, en realidad tiene una historia propia. El utilizarlo, desde esta perspectiva metafísica como “destino del hombre” permite repensar la ética desde otros lugares. El *ethos* es una segunda naturaleza, cultural y moral que se distingue de su primera naturaleza que le es dada naturalmente. Pero es justamente por esta segunda naturaleza que se humaniza y permite su verdadera existencia.

En lo que respecta a lo profesional, Juliana González y Lisbeth Sagols¹⁶ vinculan el *ethos* con el quehacer del filósofo. A través de una serie de textos de diversos autores, lo que se pone en juego es la perspectiva filosófica que cada autor tiene de la filosofía misma. El *ethos* es definido en la toma de postura de lo que cada uno de los filósofos pensaba sobre la “profesión” o “vocación” del ser filósofo.

¹⁴ Véase Instituto Mexicano de Contadores Públicos, *Código de ética profesional*. 6a. ed. México, IMCP, 2005, o Víctor Manuel Pérez Valera, *Deontología jurídica: la ética en el ser y quehacer del abogado*. México, Oxford Press, 2002.

¹⁵ Cf. Juliana González, *El ethos, destino del hombre*. México, FCE / UNAM, 1996.

¹⁶ Juliana González y Lizbeth Sagols, coords., *El ethos del filósofo*. México, UNAM, 2002.

Y el *ethos* del filósofo, en particular, es forma eminente de todo ello; coincide con la “forma de vida” filosófica. El filósofo es, en este sentido, “un carácter”, un modo distintivo de ser, creado mediante el propio ejercicio del filosofar. En el *ethos* filosófico se realiza, además, el rasgo esencial de la autoconciencia.¹⁷

Teniendo a la filosofía como forma de vida, podemos entender que la pregunta: “¿quién es el filósofo?” sea, de suyo, filosófica; es decir, “¿quién es el ingeniero?”, no es una pregunta que atañe a la ingeniería (o las ingenierías) o al menos no parece ser el caso. Lo mismo sucede con las demás profesiones. Tal vez la pregunta más importante de la filosofía —el *ti esti?* (¿qué es?) griego— sea algo que la filosofía haya hecho suyo y que permita preguntar por el ser de las cosas. Aquí es que considero que la ética profesional puede brindar ayuda al replanteamiento no sólo del quehacer de cada profesionista y su responsabilidad ética en su trabajo, sino a entender y restablecer las preguntas por las profesiones. Habrá que ver si es que la filosofía es una profesión más o si es que, al establecerse como posibilidad de preguntar de cualquier ser humano, tiene un *status* distinto al resto de las profesiones. Para los objetivos del presente trabajo, no tiene mayor importancia.

Podemos decir entonces que la categoría *ethos*, en tanto no puede ser absoluta sino más bien dinámica, está vinculada con el destino de cada ser humano. No busca ser universal al dar un sentido único al quehacer de un grupo de personas. Más bien, afrontado como pregunta puede dar una forma a cada individuo para resignificar, desde ahí, lo colectivo. Cada filósofo definirá lo que le es propio al hacerse la pregunta por lo que implica el acto de filosofar. Desde esta perspectiva ético-metafísica, cada individuo podrá significar lo profesional para darle sentido a su vida. El deber ser deja de tener importancia y es el ser quien emerge. El ser humano que logre preguntarse por su quehacer en general y cómo lo sabe, sabe hacer, y la forma de hacerlo cobrará conciencia de sí.

En este sentido, se pueden compartir rasgos con otras personas que hayan estudiado el mismo plan de estudios, pero se pueden tener distintas perspectivas sobre los “mismos” saberes e incluso ser usados para distintos fines. El gremio se desdibuja, sin el miedo de desaparecer. De ser un lugar cerrado en donde el maestro (en el sentido gremial) mantiene el control de lo que sucede dentro, se pasa a un lugar más abierto en donde confluyen distintas personas buscando tal vez intereses comunes, pero en donde también las afinidades puedan no necesariamente ser las mismas. En este sentido, la confluencia es lo que se vuelve universal.

¹⁷ *Ibid.*, p. 7.

A continuación abordaremos algunos de los problemas identitarios que han caracterizado a los profesionales de la pedagogía. Hablar de ellos tal vez ayude a ver desde otra perspectiva una profesión.

La pedagogía y sus problemas identitarios

Los pedagogos existieron en Grecia y Roma clásicas como una ocupación que acompañó a las distintas sociedades de la Antigüedad. Sin embargo, la pedagogía, como disciplina, no aparecerá sino hasta el siglo XVIII o XIX. Como la mayoría de las profesiones contemporáneas, en tanto licenciaturas, fueron una creación de la posguerra en el siglo XX ante la necesidad de abrir los mercados laborales y la posibilidad de un ingreso mucho mayor de estudiantes de distintos estratos socioeconómicos.¹⁸ Esto enmarca la problemática de la identidad de lo profesional en general y de lo pedagógico en específico.

Una forma de hallar algún sustento de la identidad profesional ha sido encontrar el quehacer o quehaceres parecidos en la historia. Tal vez alguien podría encontrar tranquilidad al decir que Aristóteles fue biólogo o que Arquímedes era físico. Definitivamente considero pertinente tomar esta línea de rasgos identitarios en la historia con mayor cuidado. Por tal motivo, aquí no se pretende dar una historia de la pedagogía en el sentido tradicional, sino apuntar algunos de sus problemas en torno a la identidad. No obstante, éstos, necesariamente, tienen un trasfondo histórico. En este sentido, abordaremos sólo dos de los problemas de identidad que han permeado hasta el día de hoy en una profesión moderna e ilustrada: la esclavitud y la cientificidad.

Era sabido que el pedagogo en la Antigüedad nació siendo esclavo; es decir, la persona encargada de conducir (*agogéin*) al *paidós* era justamente el *paidagogós*. El término griego se transmitió al latín. Llevarlo de maestro en maestro fue la función primordial del pedagogo esclavo. Esta historia tan contada y aceptada del pedagogo como aquel que conduce a los niños ha permeado hasta nuestros días.

Es necesario aclarar varias cosas.¹⁹ *Paidós*, que originalmente viene del verbo jugar (*paizo-paizein*) es usado en distintos momentos para denominar más bien la relación educador-educando que a una edad determinada. El juego, es algo que caracteriza al ser humano en distintas etapas de su vida y no necesariamente, aunque sí frecuentemente, a la infancia.

¹⁸ A. Morduchowicz, *op. cit.*, pp. 102 y ss.

¹⁹ Renato Huarte Cuéllar, "Aspectos de la etimología de la palabra 'pedagogía': una interpretación". Ponencia presentada en el X Congreso Nacional de Pedagogía. Boca del Río, Ver., 25-27 de noviembre de 2004.

Aunque muchos de los esclavos que fungieron como pedagogos en Grecia y Roma fueron famosos por propinar golpes y maltratar a los niños de los amos a quienes servían,²⁰ hubo pedagogos ilustres como Epicteto, quien fue manumitido y posteriormente estableció su propia escuela de filosofía. También Aristóteles, aunque no fue esclavo, fungió como pedagogo de Alejandro Magno. Al parecer el pedagogo era una función más que una profesión en el mundo antiguo. Esta función, con el tiempo, se fue vinculando con la educación moral de los individuos. El *paedagogium*, o lugar donde se encontraban los pedagogos, metafóricamente fue cambiando. Algunos de los pedagogos buscaban dar sentido a esta función de educar al otro. Con el tiempo, las familias, sobre todo las acaudaladas, preferirían que fueran filósofos los que ocuparan esta función de guía de sus hijos, ya que la educación moral no se veía separada de las doctrinas filosóficas del momento.

Con el fin del helenismo y el comienzo del cristianismo, Clemente de Alejandría busca transformar la figura del pedagogo y muestra cómo es una función de Dios el guiar a los seres humanos. Se diviniza la función del pedagogo y, al parecer, no aparecerá sino hasta varios siglos más tarde:

Pero ahora, actuando sucesivamente en calidad de terapeuta y de consejero, aconseja al que previamente ha convertido y, lo que es más importante, promete la curación de nuestras pasiones. Démosle, pues, el único nombre que naturalmente le corresponde: el de *pedagogo*.

El pedagogo es educador, no experto, no teórico; su objetivo es la mejora del alma, no la enseñanza, como guía que es de una vida virtuosa, no erudita.²¹

El pedagogo como ser humano desaparece a partir de este momento y es sustituido por el pedagogo en un mundo trascendente. Lo que nos ha sido heredado en torno a lo identitario, sin embargo, es la cuestión de cómo nos percibimos a lo largo de la historia. El hecho de que se vincule al pedagogo con ciertas características ligadas a una función didáctica de enseñanza y guía de los niños no es casual. No obstante, los filósofos, entendidos por ejemplo, como en el helenismo, como personas que buscaban una forma de vida en donde la educación o formación del otro era fundamental. ¿Por qué contemporáneamente se asocia al pedagogo con la esclavitud y no así al filósofo? Sin encontrar una respuesta de manera inmediata, lo que sí parece evidente es un desconocimiento de lo histórico en los procesos identitarios. La esclavitud está vinculada con estar al servicio del otro (de forma obligada). Quizás en esos términos haya que buscar cómo nos relacionamos con los personajes históricos.

²⁰ Stanley Frederick Bonner, "Los pedagogos", en *La educación en la Roma antigua. De Catón el Viejo a Plinio el Joven*. Trad. de José Ma. Domenech Parde. Barcelona, Herder, 1984, pp. 38-70.

²¹ Clemente de Alejandría, *El pedagogo*. Madrid, Gredos, 1999, I, 1, 4.

Desde esta perspectiva, el *ethos* del pedagogo también hablaría de su papel ético en tanto conformación del ser frente a los otros. Así, retomar el sentido ético que se puede indagar en los pedagogos de la Antigüedad, sería tanto como retomar el sentido ético filosófico del otro.²² Los rasgos de identidad de cada persona que se aboca a lo educativo deberá cobrar un sentido ético profundo; pues ¿quién no está inmerso en el mundo educativo?, ¿quién no ha sido padre, maestro, amigo o cualquier otro de los papeles educativos?, ¿quién no necesita del otro? Al parecer nadie está tan lejos de ser educador, ni siquiera los filósofos mismos:

¿Qué lugar tendrá el filósofo en la ciudad? Será el de escultor de hombres y de un artesano que fabrica ciudadanos leales y dignos. No tendrá, pues, otro oficio que el de purificarse a sí mismo y de purificar a los demás para vivir la vida conforme a la naturaleza que conviene al hombre; será el padre común y el pedagogo de todos los ciudadanos, su reformador, su consejero y su protector, ofreciéndose a todos para cooperar en el cumplimiento de todo bien, regocijándose con quienes tienen dicha, compasivo con quienes están afligidos y consolándolos.²³

Pasemos ahora a la discusión más ferviente que tal vez han pasado las ciencias sociales o humanas en su definición. Para remontarnos a esta discusión habremos de remontarnos a la idea que tuvo la propia filosofía europea de los siglos XVIII y XIX para delimitar el conocimiento. Es en el seno de esta discusión entre filósofos que la pedagogía nace como disciplina científica.

Llegada la era de la Ilustración, la ciencia comienza a ser protagónica en el sentido que hoy la conocemos. La cultura científica que comienza a desarrollarse hacia finales del siglo XVI se consolidará en el XVII y XVIII. En el caso de la pedagogía, vocablo empleado en la mayoría de las lenguas vernáculas a excepción del inglés, el parteaguas en torno a la concepción del quehacer de la pedagogía estará dado por la propia filosofía. A partir de la última obra de Immanuel Kant, *Über Paedagogik*,²⁴ se define la pedagogía como la “ciencia de la educación”. A lo largo del libro, Kant no niega que la educación sea un arte, pero distingue y atribuye a la pedagogía el carácter de científico en tanto cumpla con el cometido de estudiar su objeto de estudio: la educación (*Bildung*). Más

²² Emmanuel Levinas, *Autrement qu’être ou au-delà de l’essence*. La Haya, Martinus Nijhoff, 1974.

²³ Simplicio *apud* Pierre Hadot, *¿Qué es la filosofía antigua?* México, FCE, 1998, p. 232.

²⁴ Immanuel Kant, *Pedagogía*. Trad. de Lorenzo Luzuriaga y José Luis Pascual. Madrid, Akal, 1991.

bien fueron Kant y Hegel quienes brindaron las bases para considerar a la pedagogía como una ciencia.²⁵

A partir de este momento, filósofos de la talla de Herbart, Spencer, Dilthey, Basedow, Niemeyer —a lo largo del siglo XIX— y Natorp —entre el XIX y principios del XX— discutirán en torno a la científicidad de la pedagogía. El referente geográfico de la discusión giraría en torno a la Escuela de Marburgo, aunque no todos fueran discípulos de esta escuela kantiana.²⁶ Dicha discusión se da en torno a lo que debe ser considerado como la base científico epistemológica de la disciplina pedagógica y cuál la naturaleza de las otras disciplinas o ciencias como la filosofía, la psicología, la política, la economía, etcétera.

Paralelamente en Francia, a lo largo del siglo XIX la discusión girará en torno a una aplicabilidad mayor y no tanto alrededor de una discusión teórica como lo había sido hasta ese momento en Alemania. Los franceses consideran al pedagogo como aquel capaz de interactuar en la práctica, de enseñar en todo el sentido del término, más vinculado con el término moderno basado en el concepto griego de *τεχνή*. La pedagogía no es vista como la capacidad de construir sistemas teóricos en primera instancia, para llegar a establecer, después, sistemas aplicados que correspondan a los sistemas teóricos. Entonces, la escuela francesa veía en el desarrollo de los sistemas escolares y la discusión en torno al profesor una prioridad. Aquí puede encontrarse el origen de dos tradiciones que impactarán el mundo de las identidades de los educadores, pedagogos y/o personas que “se dedican” a la educación.

En la primera mitad del siglo XX y siguiendo el giro que la psicología había dado con Wundt y su laboratorio de psicología experimental, hubo intentos serios de volver la pedagogía experimental. Unos de sus principales exponentes son Claparède y Meumann. Hasta ese momento éstas eran las líneas de discusión en Europa.²⁷

A nivel mundial, en la década de los sesentas, Gaston Mialaret, alumno de Henri Wallon y heredero de la tradición francesa de pedagogía —que entendía *pédagogie* más bien como la didáctica en castellano—, consolidaba un cambio de nombre de ciencias de la educación y no ciencia (en singular) de la educación. Sostiene que no hay cuestión tal como una ciencia con un fundamento teórico y epistemológico básico, sino que más bien hay diversas ciencias

²⁵ Felicitas G. Munzel, “Kant, Hegel, and the Rise of Pedagogical Science”, en Randall Curren, ed., *A Companion to the Philosophy of Education*. Oxford, Blackwell, 2003, pp. 113-129.

²⁶ Pablo Natorp, *Propedéutica filosófica. Kant y la Escuela de Marburgo. Curso de Pedagogía Social*. 2a. ed. Pról. de Francisco Larroyo. México, Porrúa, 1987.

²⁷ Libertad Menéndez Menéndez, *De la demostración empírica a la experimentación en pedagogía*. México, Colegio de Pedagogos de México / UNAM, 1998.

(psicología, sociología, economía, política, filosofía y pedagogía —como didáctica—) que estudian el fenómeno educativo.²⁸

En el mundo de habla inglesa, el vocablo *pedagogy* aparece tardíamente y se utiliza el término *Education* para referir a la disciplina que estudia el fenómeno educativo —*education*—; algo similar a lo que sucede con Historia e historia en español. No se distingue el nombre de la disciplina y el del objeto de estudio más que tal vez por la mayúscula. En la tradición anglosajona de estudios sobre la educación, básicamente ha predominado el empirismo inglés y el pragmatismo encumbrado en el estudio de lo educativo por John Dewey, de gran influencia en nuestro país. Las discusiones de la escuela alemana o incluso los cuestionamientos de la escuela francesa no serán de igual relevancia, sino que más bien es necesario resolver problemas vinculados a la practicidad del fenómeno educativo más que discutir sobre su *status* científico o la división de tareas en torno al agente educativo. Hacia finales del siglo XX el vocablo *pedagogy* adquiere el sentido francés de la palabra referido a lo didáctico.²⁹

Es en esta discusión que la pedagogía ha querido ser ciencia y así recibir un reconocimiento social al quehacer educativo. No obstante, queda claro que esta discusión es de corte epistemológico y se da en el seno de la discusión entre tradiciones filosóficas.

Desde la perspectiva de la llamada “escuela francesa” había que dejar la pedagogía atrás para que los profesionales de la educación estuvieran basados en distintas disciplinas científicas y así obtuvieran un reconocimiento social.³⁰ También en el ámbito académico queda poco clara la relación de la pedagogía con las otras disciplinas y su supuesta separación de la filosofía. Más bien, considero que en el mundo contemporáneo, en donde las fronteras entre disciplinas se han ido borrando, la relación entre pedagogía y las otras disciplinas debe replantearse.

La pedagogía como disciplina nace en el seno de una discusión filosófica que diera sentido a la teoría —más ligada a la *theorein* griega— en torno al fenómeno educativo. En especial la filosofía alemana del siglo XIX, desde sus múltiples corrientes, la veía en el riguroso estudio de la famosa *Bildung*. Para esto la discusión se daría en torno a lo que debería fundamentar esa pedagogía. Algunos decían que la psicología, otros que la ética, otros que la historia, etcétera; pero todos coincidirán en que la filosofía debe ser el fundamento, ya que es quien determina los fines de la educación.

²⁸ E. Moreno y de los Arcos, “El vocabulario de la pedagogía. Las ‘ciencias de la educación’”, en *op. cit.*, pp. 25-42.

²⁹ *Idem.*

³⁰ Robert K. Merton, “La estructura normativa de la ciencia”, en *Sociología de la ciencia*. Madrid, Alianza, 1985, p. 358.

En un mundo en donde cada una de las “profesiones” busca estar claramente diferenciada y con un objeto propio, los problemas identitarios parecen reaparecer. En este sentido, y en otros, considero importante replantear la relación entre pedagogía y filosofía no sólo porque en el seno de las discusiones filosóficas nació la pedagogía como ciencia³¹ sino por la posibilidad de replantear las cuestiones identitarias mencionadas con anterioridad.

Conclusiones

En un mundo en donde la inter, multi y transdisciplina vienen a resarcir lo que el siglo XIX y XX separaron, la pedagogía juega un papel importante, ya que se le ha entendido o bien cerca de la filosofía o bien como conjunto de ciencias cuyo objeto de estudio es la educación. A diferencia del filósofo, que define su quehacer como parte de sus preguntas, la pedagogía ha buscado en el último medio siglo una identidad que, al ser incierta, no ha podido consolidarse.

Los códigos deontológicos han tratado de dar una cierta contención a los gremios profesionales, como si de esta manera pudieran acotar y mantener dividido, al marcar clara y distintamente, lo que se espera “debe ser” un profesional. Estos códigos parten de la idealización de una profesión que pierde la individualidad de los sujetos que se asumen como “profesionales” de tal o cual disciplina, en este caso la pedagogía, y que sus quehaceres pueden variar. En el mundo de los “mercados laborales”, éstos buscan determinar un actuar y no otro. De esta manera la identidad profesional queda subsumida a un sistema económico en donde se espera que un individuo pueda hacer ciertas cosas y no otras.

Desde otras perspectivas profesionales, el *ethos* como categoría que apela a lo individual, al sentido propio y único del ser que somos y que vamos siendo, no puede agrupar gremialmente de forma tajante, sino que permite que cada quien encuentre, en eso que llamamos una profesión, un sentido que le es propio y que es cambiante, pero significativo, a la vez, para la propia existencia. Tal vez existan otras formas de aproximarse a estas problemáticas.

Si, como hemos visto, la cuestión de la identidad es compleja y ha sido considerada como un problema filosófico a lo largo de la historia, en el caso de la profesión podemos entender que cobra significaciones distintas e interesantes. En el caso específico de la pedagogía como profesión, las nociones de identidad se juegan en un entramado que va entre los mercados laborales, la proyección histórica y el reconocimiento social como disciplina. Tal vez en

³¹ R. Huarte Cuéllar, *La tradición pedagógica de Kant, Herbart, Dilthey y Natorp: discusiones en torno a la pedagogía como ciencia*. Tesis. México, UNAM, 2008.

el caso de la pedagogía la respuesta sea una mirada hacia sus propios orígenes que, como hemos procurado mostrar, tienen vínculos claros con la filosofía. En lugar de separar, muchas de las cuestiones identitarias vendrán al entender cómo se plantearon estas escisiones disciplinarias y desde ahí resignificarlas.

Para el resto de las disciplinas, el caso de la pedagogía podría también ayudar a encontrar cómo se fueron entablando estas pretensiones y divisiones que han encaminado identitariamente a los individuos, y así poder establecer diferencias y similitudes, como entre filosofía y pedagogía. En general, para el mundo académico y para los “profesionales” de las ciencias sociales y humanidades, esto nos permitirá resignificarlas y trabajar desde esa tan anhelada multi, inter y transdisciplina; cuestiones que no basta imponer por decreto sino prácticamente deconstruir desde el discurso, pero también desde las prácticas.

En la incertidumbre de la identidad de los pedagogos puede estar también una promesa en tanto permita, como posibilidad, no tener algo cerrado y acabado que pueda ser una especie de cárcel de los conceptos de lo que “debe ser” un pedagogo y, por añadidura, lo que “no debe ser”. Mirar hacia horizontes compartidos que reencuentran la luz en un estudio más cuidadoso de lo que asumimos da sustento a nuestra identidad profesional, nos mostrarán que desde nuestra humanidad, desde nuestras co-incidencias, como incidencias en común, podremos abordar nuestros intereses y realmente estar en capacidad de *professare* y de escuchar esa *vocatio* romana, lejos de las “profesiones” y “vocaciones” cerradas y limitantes.